

RENÉ DESCARTES (1596-1650), *DISCURSO DEL MÉTODO* (1637)
ANÁLISIS DEL TEXTO

Parte I: La Razón y las Ciencias

- 1. Razón y el método.**
 - 1.1. Principio general racionalista.
 - 1.2. Razón como “Buen sentido” y como “Espíritu”.
 - 1.3. Necesidad de prudencia y de confianza en la propia razón.
 - 1.4. El principio de subjetividad

- 2. Crítica de la instrucción recibida**
 - 2.1. Consideraciones sobre su formación académica
 - 2.2. Análisis crítico de las diversas ciencias

- 3. El gran libro del mundo.**

Parte II: Principales reglas del método.

- 1. Unidad del Proyecto.**
- 2. Características del método.**
- 3. Aplicación del principio metodológico general a las ciencias.**
- 4. Los límites del principio.**
- 5. Conclusiones previas al enunciado de las reglas del método.**
- 6. Las reglas del método.**
- 7. Aplicaciones y consecuencias del método.**
 - 7.1. En la Matemática y la Ciencia.
 - 7.2. En la Filosofía

Parte III: La moral provisional

- 1. Una moral “a modo de provisión” (*par provision*)**
- 2. Máximas de la moral provisional.**
- 3. Elección de vida.**

Parte IV: Los fundamentos de la metafísica: la existencia del alma, de Dios y del mundo.

- 1. La duda metódica y la certeza del yo pensante**
- 2. El alma: su naturaleza y su distinción respecto del cuerpo.**
- 3. Dios, garantía de Verdad.**

Demostración de la existencia de Dios.
- 4. La existencia del mundo exterior y la superación de la duda del sueño.**



RENÉ DESCARTES (1596-1650),
DISCURSO DEL MÉTODO (1637)

*PARA DIRIGIR ADECUADAMENTE MI RAZÓN Y
BUSCAR LA VERDAD EN LAS CIENCIAS.*

Esta obra es un “DISCURSO” porque se debe entender como PREFACIO o INTRODUCCIÓN (“no tengo la intención de enseñar, sino sólo de hablar”) a una obra científica más grande. Es una **reflexión filosófica**, en que mezcla aspectos de su vida (filosofía existencial) con la **preocupación por un método unificado para la razón**.

EL MÉTODO tiene una doble vertiente:

- 1) Quiere ser **método para “toda clase de materias” (método científico)**.
- 2) “mi propósito no es enseñar el método que cada uno debe seguir para conducir bien su razón, sino hacer ver solo **de qué modo he procurado conducir la mía**” (aspecto existencial).

PARTE PRIMERA: “CONSIDERACIONES SOBRE LAS CIENCIAS”

1. La razón y el método.

1.1. Principio general racionalista: El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo

→ *BUEN SENTIDO o RAZÓN*: Capacidad de juzgar bien y de distinguir lo verdadero de lo falso. **Razón como sentido común, luz natural del entendimiento** que permite al ser humano establecer juicios correctos y distinguir la verdad del error. Se trata de una **capacidad natural, innata, que nos distingue de los animales**, y que disponemos todos los humanos de forma universal. Para Descartes, la “**conciencia**” **que todos tenemos de tener “sentido común”** es la mejor demostración de que todos somos, en términos genéricos, racionales (*Al respecto no es verosímil que todos se equivoquen*)

→ Ahora bien, para Descartes hay que distinguir dos sentidos, diferentes pero relacionados del concepto “buen sentido”:

1) **Razón como “cosa mejor repartida”**, que no admite grados porque la tenemos todos de forma natural y universal.

2) **Sabiduría como ideal de conocimiento**, que no todos podemos alcanzar, y que depende del buen uso de la razón.

A partir de esa distinción, la tesis inicial “El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo” puede esconder una ironía tras la expresión “mejor repartida” (“*aequalibus*”, en la versión en latín), porque puede entenderse en dos sentidos:

→ **La razón está repartida de forma IGUALITARIA** en todos los humanos (es naturalmente igual en todos los hombres).¹

¹ Tesis igualitarista, tesis moderna que confirma la **igualdad entre los humanos** y que, en definitiva, será la base de la idea de derecho: todos tenemos derechos por igual porque todos somos igualmente racionales.

- **PERO la razón también está repartida de forma muy diversa** (*la diversidad de nuestras opiniones*), de manera que cada uno aplica y entiende la razón de formas muy diferentes. **Cada individuo es diferente y conduce sus pensamientos por vías diversas.** Esa diversidad no se debe a que *unos sean más razonables que otros*, sino a que dirigimos nuestro conocimiento de diversas formas, según las facultades de nuestro ingenio, y eso nos impide entendernos.

A partir de esa distinción, establece Descartes una idea clave: *no se trata de tener el ingenio bueno*, (ser muy inteligente) *sino que lo principal es aplicarlo bien*. Es decir, tener gran inteligencia (o memoria, o imaginación) no asegura tener la razón, porque puede ser dirigida de maneras muy diversas (y la razón debe aspirar a un objetivo universal). La razón como sentido común debe ser suficiente, si es bien dirigida.

Más aún, ser muy inteligente no asegura ser racional ni virtuoso: porque *las almas más grandes* – es decir muy inteligentes, muy ingeniosas — *son capaces de los mayores vicios*.

Es mejor seguir *el camino recto* (MÉTODO) para dirigir la razón, aunque sea lento, que pretender conocer sin método (como *los que corren pero se alejan de él*, del camino recto).

1.2. Razón como “Buen sentido” y como “Espíritu”.

La idea de RAZÓN para Descartes adopta así dos sentidos:

- **ESPÍRITU O INGENIO: Facultades o capacidades del pensar: el propio pensamiento (o la inteligencia) así como la memoria y la imaginación.** Son diferentes en cada individuo, aunque en general suelen estar presentes de forma mediocre en la mayoría de las personas (el propio Descartes reconoce: *nunca he considerado que mi ingenio fuese en nada más perfecto que el del común de los mortales*. Depende del uso: todas estas facultades del espíritu pueden ser perfeccionadas gracias al método.
- **BUEN SENTIDO: Poder general de razonar, de juzgar, de distinguir la noción de verdad de la noción de falsedad.** Lo que nos hace humanos, facultad innata propia de todo ser humano, que nos distingue de los animales.²

pues en cuanto a la razón, o al sentido, en tanto que es la única cosa que nos hace hombres y distingue de las bestias quiero creer que está entera, sin ninguna reserva, en cada uno de nosotros. Descartes se apoya aquí en la filosofía escolástica, explicando que la “forma” o naturaleza de los individuos de la especie humana es el pensar, mientras que la diversidad de opiniones no sería sino “accidente”. Aquí hay que observar que el ser humano forma parte del género animal pero por su *especie*, humana, tiene la diferencia *específica* de la racionalidad. Y, por otro lado, dentro de la misma especie cada individuo se diferencia por su espíritu y por el uso que le da a la razón, factores que provocan la diversidad de opiniones individuales.³

2 Será nombrada más adelante como *res cogitans* o sustancia pensante, que define la naturaleza humana (y que junto a la sustancia extensa o cuerpo conforma el dualismo propio del ser humano).

3 En todo caso (pese a la referencia en el texto a “los filósofos”, escolásticos se entiende), la noción de alma (y por tanto de razón) en Descartes es muy distinta a la de la tradición **aristotélico-tomista**:

→ “Alma” según la tradición aristotélico-tomista: principio vital presente en todos los seres vivos: vegetativa, animal y humana. Alma y cuerpo están unidos en una sola sustancia, son una sola realidad (no dos como en Descartes), con dos principios: el alma como forma del ser (lo que lo hace pertenecer) a una especie u otra), y el cuerpo su materia (lo que hace ser un individuo diferente a los otros).

→ “Alma” según Descartes: es la razón, exclusivamente humana, y lo que nos hace individuos diferentes es la forma de usar esa razón.

1.3. Necesidad de prudencia y de confianza en la propia razón.

El propio “individuo” René Descartes se muestra al lector como ejemplo de *espíritu mediocre* que ha podido mejorar sus facultades del pensar **gracias al método** (*me parece que tengo el medio para aumentar gradualmente mi conocimiento*):

Descartes muestra aquí un **escepticismo moderado**, propio de una mentalidad barroca:

- Reconoce “*la mediocridad de mi espíritu y la corta duración de mi vida*”
- Se propone adoptar con respecto a él mismo la “*desconfianza más que no la presunción*”, es decir, ser prudente, precavido, con sus propias creencias.
- Considera (*con talante filosófico*) que las *acciones y empresas de los hombres* son, casi siempre, vanas e inútiles (“*memento mori*”).

Esta inquietud moverá a Descartes en todo el libro a destacar un valor fundamental del filósofo: **la prudencia**, la necesidad de evitar la precipitación al creer que la “propia verdad” (opinión) es “la verdad”.

Pese a ello, afirma *una extremada satisfacción por el progreso* conseguido en la *búsqueda de la verdad*. Una satisfacción compartida por la **ciencia moderna**, que **ha permitido avanzar a la razón humana aunque, al tiempo, ha renunciado a las verdades absolutas**; por eso dice Descartes que su tarea se encuentra *entre las ocupaciones de los hombres puramente hombres*, es decir, no seres iluminados o con poderes sobrenaturales (los teólogos por ejemplo), sino seres racionales, con un pensamiento mediocre (natural al ser humano, el de la razón) que debe ser bien dirigido por un buen método.

Dejando aparte pues la dedicación a la religión, la filosofía es la mejor y la más “importante” de las dedicaciones humanas.

1.4. El principio de subjetividad

- Por todo ello insiste en la necesidad de la DUDA, de la prudencia, del escepticismo como herramienta para evitar el dogmatismo: *...puede ocurrir que me equivoque...cuán expuestos estamos a equivocarnos en lo que nos atañe...cuán sospechosos deben sernos los juicios de nuestros amigos cuando son a favor nuestro.*
- En todo caso, Descartes anuncia aquí el principio general de la SUBJETIVIDAD: todo conocimiento que quiera ser OBJETIVO debe partir de un SUJETO, que ha de conocerse previamente a sí mismo, así como el uso de su razón. No se trata pues de enseñar el método para LA RAZÓN, sino el USO de Su razón: *Mi intención no es pues enseñar aquí el método que cada uno debe seguir para conducir bien su razón, sino sólo mostrar de qué manera he procurado conducir la mía.*
- Este Discurso no pretende establecer “preceptos”. Descartes lo propone como una “*historia*” o “*fábula*”, inspirada en todo caso en su vivencia personal, que podrá tener aspectos razonables y otros no, y estará sujeta, por lo tanto, al debate racional.

4. Crítica de la instrucción recibida.

1607 (11 años) hasta 1615: estudios en el colegio real Enrique IV de La Flèche, de los jesuitas. Estudió Humanidades y Filosofía.

10 Noviembre 1616: Universidad de Poitiers: Licenciatura en Derecho.

2.1. Consideraciones sobre su formación académica

- **Sensación de fracaso** (y consiguiente necesidad de duda) frente a las humanidades (*las letras*) y también la “scientia” tomista que había estudiado en los jesuitas (*desde mi infancia*):
 - se siente engañado porque le habían persuadido que con ellas *se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo lo que es útil para la vida.*
 - *me encontraba tan perplejo por tantas dudas y errores que me parecía no haber hecho otra cosa de provecho,..., sino descubrir más y más mi ignorancia.*

Esta experiencia personal, de **desencanto frente a la educación recibida**, es fundamental, porque **la duda surge en el sujeto**, es decir, es una vivencia subjetiva, necesaria para iniciar el camino de la búsqueda de la verdad.

- Una consecuencia, negativa, de ese desencanto podría ser la búsqueda sin criterio: *no habiéndome contentado con las ciencias que se nos enseñaban, había recorrido todos los libros que pudieron caer en mis manos y que hablan de las que se estiman más curiosas y raras.* Está refiriéndose a doctrinas como la alquimia, la astrología o la magia, no científicas ni racionales, pero a las que se puede ver abocado un espíritu inquieto y juvenil cuando no saca provecho de la educación académica.
- Insiste en la consideración con respecto a sí mismo como un **espíritu mediocre**, aunque *no veía que se me estimase en menos que a mis discípulos.* Esta consideración no es negativa: él sabe que no es un “talento” (*bon esprit*) pero que tampoco es incapaz de entender. Eso, junto al reconocimiento que su tiempo era *tan fértil en buenos ingenios como cualquiera de los precedentes* le lleva a tomarse la **libertad de juzgar por mí mismo** y, por fin, al **escepticismo con respecto a la tradición**: *no había doctrina alguna en el mundo que fuese tal como anteriormente se me había hecho esperar.*

2.2. Análisis crítico de las diversas ciencias

A pesar de su desencanto, Descartes hace un reconocimiento a lo que la escuela le ha aportado, y destaca algunos aspectos “positivos” de las ciencias estudiadas:

- Lenguas clásicas (*los libros antiguos*), Fábulas e Historias (*despiertan y elevan el espíritu*) y Lectura.
- Elocuencia (*bellezas incomparables*), Poesía (*delicadezas y dulzuras*).
- Matemáticas (entendidas aquí como auxiliar para la mecánica: *invenciones muy sutiles... para disminuir el trabajo de los hombres*),
- Moral (*escritos que tratan acerca de las costumbres...exhortaciones a la virtud que son muy útiles*).
- Teología (*enseña a ganarse el cielo*),
- Filosofía (*proporciona medios para hablar verosímelmente de todas las cosas y para hacerse admirar por los menos sabios*),
- Jurisprudencia y Medicina (*aportan honores y riquezas*).

Esta relación, que en algunos momentos parece irónica, mantiene una consideración general sincera frente al saber: Es necesario CONOCER PARA PODER JUZGAR (*es bueno haberlas examinado todas, incluso las más supersticiosas y las más falsas, para conocer su justo valor y*

guardarse de ser engañado).

PERO de inmediato procede a hacer una crítica de todas ellas:

→ Con respecto a **la literatura** (y las lenguas que permiten entender los textos clásicos) piensa que es bueno haber leído para conocer:

- por ejemplo destaca su relativismo al decir que es bueno *saber algo de las costumbres de los varios pueblos* para no creer que los nuestros son los únicos racionales

pero obsesionarse demasiado por relatos lejanos o de tiempo pasados nos hace olvidar nuestra propia realidad, así como la necesidad del esfuerzo racional (las *fábulas* utilizan una imaginación no sometida a la razón, la Historia se basa en la experiencia y la memoria...). Incluso hace una referencia sutil al Quijote y sus *extravagancias* (*concebir designios que rebasan sus fuerzas*).

→ Con respecto a **la elocuencia y poesía**, son frutos del espíritu o ingenio, es decir del talento, no del estudio ni del esfuerzo racional. Descartes insiste en que para ser racional no hace falta un especial talento, sino *ordenar mejor sus razonamientos para hacerlos claros e inteligibles*.

→ Con respecto a **las Matemáticas**, sólo conocía su uso como auxiliares para la mecánica, pero *no advertía todavía su verdadero uso*: gracias a la CERTEZA y EVIDENCIA de sus razonamientos deberán servir como método universal y unificador de la Ciencia.

→ Con respecto a **la moral** (*escritos... que tratan de las costumbres*), hace una crítica a los “antiguos paganos”, refiriéndose a la filosofía moral antigua: “*palacios soberbios y magníficos, pero contruidos solo sobre arena y fango*”. La moral filosófica es muy prestigiosa, pero no tiene método, no tiene fundamentos. Se trata de un saber con criterios generales para la vida (“*elevan muy en alto las virtudes*”) pero que no afectan el sujeto (“*no enseñan bastante a conocerlas*”). Detrás de un “*tan bello nombre*” (la moral) sólo hay “*insensibilidad, orgullo, desesperación o parricidio*”. La filosofía moral antigua en general se basaba en el rechazo de toda pasión (*insensibilidad*) y en la pretensión de alcanzar el bien supremo en esta vida (*orgullo*). Especialmente, el estoicismo fue una filosofía fatalista, determinista: los bienes externos no tienen valor, sólo el autodomínio de las pasiones tiene valor como fundamento de la moral, la virtud es la obediencia al orden divino de la Naturaleza (destino, *fatum*). Descartes también considera el dominio de las pasiones para ser “amo de sí”, pero eso es sólo un ideal. La vida cotidiana tiene demasiadas urgencias que hacen inviable la moral estoica. Esa moral enseña a morir, pero no a vivir (*desesperanza*) y puede conducir a la muerte de lo más estimado (*parricidio*, como en el caso de Lucio Junio Brutus, que condenó a muerte sus hijos).

→ En cuanto a la **Teología**, conocimiento basado en **la revelación**, a diferencia de la filosofía que se basa en la razón, dice Descartes que “*trataba con reverencia*” ese saber por “ganarse el cielo” por eso debe ser posible tanto para los ignorantes como para los doctos.

1. La revelación “está por encima de nuestra inteligencia”.
2. Yo no soy demasiado inteligente (*debilidad de mis razonamientos*).
3. Es necesario, para alcanzar tal revelación, una *extraordinaria ayuda del cielo, y ser algo más que hombre*.

Con esto, por una parte Descartes separa radicalmente la teología (que supone la fe y la revelación) de la filosofía (basada en la luz natural de la razón) y por otra parte critica a la teología escolástica, inútil para ganarse el cielo e ilusoria (porque supone una *extraordinaria ayuda del cielo*).

→ En cuanto a **la Filosofía** que había aprendido en la escuela, la Escolástica, conocida como

Disputatio, aún siendo “cultivada por los más excelentes ingenios”... “no se encuentra ninguna cosa de la que no se disputé”. Y sobre eso argumenta Descartes:

- Un conocimiento que es discutible, es dudoso
 - Si los espíritus más inteligentes no han llegado a conclusiones fiables, yo tampoco podré.
 - La diversidad de opiniones impide la búsqueda de la verdad.
 - En consecuencia: *tenía casi por falso todo lo que no era más que verosímil* (es decir, lo que tiene apariencia de verdad).
- En cuanto al resto de ciencias, derivadas de una manera u otra de la filosofía (porque en la escolástica todo conocimiento debía ser coherente con los dogmas de la filosofía y la teología), son tan dudosas como la propia filosofía escolástica. Critica la búsqueda del honor y las riquezas con la práctica de las ciencias.
- Por último, rechaza las *malas doctrinas* como la alquimia (que promete la panacea universal o la piedra filosofal), la astrología (las predicciones de los horóscopos) o la magia (producción de espectros e ilusiones), renunciando a la *presunción de alguno de los que hacen profesión de saber más de lo que saben*.

5. El gran libro del mundo.

1617: Vida mundana de gentilhomme.

1618-1620: Vida militar (primero en Holanda con el príncipe protestante de Orange, después en Alemania con la Liga Católica).

Esta etapa de “vida mundana” se extiende hasta 1628-29 en que se retirará en Holanda.

Decepcionado por la academia, Descartes abandona *por entero el estudio de las letras* y busca la verdad “*en mí mismo o bien en el gran libro del mundo*”. Esos dos aspectos son diferentes pero relacionados:

1. Buscar en mí mismo, no como introspección alejada de la vida, sino precisamente como “sabiduría” basada en la experiencia, en el “*savoir vivre*” (recoger experiencias, probarme a mí mismo). Esa experiencia deberá conducir a la reflexión metódica sobre el contenido del propio pensamiento.
2. El gran libro del mundo es el conocimiento de gentes, costumbres y opiniones de carácter práctico: *podía encontrar mucha más verdad en los razonamientos que cada uno hace en lo tocante a los asuntos que le interesan, (...) que en los que hace un hombre de letras en su despacho*.

De nuevo, la idea principal es que el correcto uso de la razón natural (mediocre), es mucho más provechoso que el razonamiento abstracto, que no puede sacar provecho de sus aciertos ni constatar experimentalmente sus errores. Además, las especulaciones conducen a tanta más vanidad cuanto más alejadas estén del sentido común.

La consecuencia es la defensa de un uso de la razón (*distinguir lo verdadero de lo falso*) vinculado a las necesidades de la vida: “*ver claro en mis acciones y caminar con seguridad por esta vida*”.

La observación de costumbres libra de prejuicios y sirve para relativizar las propias certezas (escepticismo): *aprendía a no creer con demasiada firmeza en lo que sólo el ejemplo y la costumbre me habían persuadido; y así me libraba poco a poco de muchos errores, que pueden oscurecer nuestra luz natural*.

- sin embargo ese relativismo puede conducir a un escepticismo radical, a creer que no hay mejores razones o mejores usos de la razón (como le había pasado antes con la “disputatio filosófica”), por eso: *tomé un día la resolución de estudiar también en mí mismo*. Esta determinación, que no se trata de estudiarse uno mismo, como si fuera una introspección psicológica, sino de **meditación** que parte de uno mismo, es el verdadero punto de partida de la filosofía cartesiana.

PARTE SEGUNDA: “EL MÉTODO”

1. Unidad del Proyecto.

La segunda parte del Discurso está dedicada al propio Método que la Razón deberá seguir para ser bien dirigida. Esta parte se puede dividir en tres:

- 1) En primer lugar, establece las **características del método**, derivadas del principio metodológico general de la “unidad de las ciencias”;
- 2) Después detalla las cuatro **reglas que deberá seguir el Método**;
- 3) Por último nos hablará de las **aplicaciones y consecuencias del método** tanto para la ciencia (de fundamento matemático) como para la filosofía.

El texto se inicia con una nueva referencia autobiográfica: en el invierno de 1619, en plena guerra de los treinta años, Descartes se detiene a pensar. No hay conversación que le distraiga ni pasión ni preocupación que le turbe, y por eso se puede dedicar a reflexionar, a meditar, “*en una habitación con estufa, donde disponía de todo el tiempo libre para cultivarme con mis pensamientos...*”.

Esa situación de abstracción de la realidad le permitirá llegar a la INTUICIÓN fundamental sobre la **prioridad de su razón**, entusiasmo del que parte toda la reflexión posterior.

Ahora bien, el SABER TEÓRICO, para Descartes, no es una actitud meramente CONTEMPLATIVA⁴, sino REFLEXIVA o de MEDITACIÓN. Descartes se aparta de *la realidad* para pensar **por él mismo** (indagar el buen uso de la razón en nuestros actos y pensamientos para acceder al saber cierto y evidente).

2. Características del método

El argumento inicial se basa en la idea que *a menudo no hay tanta perfección en las obras compuestas de varias piezas y realizadas por las manos de distintos hombres como en aquellas en que uno solo ha trabajado*. Para Descartes debe ser el INDIVIDUO, el SUJETO, con SU RAZÓN, quien encuentre los principios del conocimiento. Si partimos de la DIVERSIDAD DE RAZONES no podremos llegar a unos fundamentos firmes para el conocimiento y la ciencia.

Para explicar esa idea propone varios ejemplos:

- ➔ los edificios hechos por un solo arquitecto son más bellos y ordenados que los que son fruto de varios arquitectos o remodelaciones.
- ➔ las antiguas ciudades tienen un trazado caótico en comparación con las ciudades planificadas (trazado geométrico). La disposición desordenada, desigual, parece más bien dispuesta por el azar (*la fortuna*) que por la *voluntad* dirigida por la **razón** de los hombres. Además, en esto se confirma que *es dificultoso, trabajando sobre lo hecho por otro, hacer cosas perfectas*.
- ➔ los pueblos *medio salvajes*, que han ido haciendo las leyes a medida que han tenido necesidad de ello, no pueden estar tan bien organizados como los que han hecho previamente una constitución y se han regido conforme a la misma (por *algún prudente legislador*).
- ➔ la *verdadera religión* debe ser aquella en que sólo Dios (no los hombres) ha establecido las *ordenanzas*.
- ➔ Esparta fue un gran estado, no por sus leyes particulares, sino porque un solo hombre (Licurgo) estableció su constitución, y todas sus leyes tendían *a un mismo fin*.

En todos los ejemplos, lo que destaca es un procedimiento *deductivo* (de principios generales a casos particulares, y no al revés), establecido por un sujeto (arquitecto, ingeniero, o legislador) que, planificando racionalmente, determina la realidad.

4 Para la **filosofía aristotélica** debíamos aspirar a un saber teórico contemplativo sobre la **esencia de la realidad**, un saber desinteresado (*INÚTIL*) que es “en sí mismo su propio fin”.

El objetivo final del razonamiento será ESTABLECER LA UNIDAD SISTEMÁTICA DEL CONOCIMIENTO (DE LAS CIENCIAS). Pero para llegar a esa unidad de las ciencias es necesaria primero la UNIDAD DE LA RAZÓN. Y para construir ese conocimiento racional no hace falta buscar en la *realidad* (que encontramos caótica), sino que debemos diseñar un plan racional (construir una “realidad científica”). Hay que entender que no debemos buscar en los saberes establecidos (diversos y confusos) para conocer realmente; es suficiente con diseñar un plan para dirigir adecuadamente nuestra razón.

En esta argumentación se esconde una **crítica a la Filosofía Escolástica**:

En el saber escolástico había diversidad de métodos y de saberes, lo cual hacía imposible establecer límites entre lo que es “saber científico” y lo que no. La unidad de la razón pide la UNIDAD DE TODAS LAS CIENCIAS. Hay que dejar de hablar de ciencias y hablar de LA CIENCIA. Así, la tesis central del proyecto cartesiano es la UNIDAD DE LA CIENCIA a partir de un único MÉTODO INSPIRADO EN EL MODELO MATEMÁTICO.

El error del **realismo aristotélico** fue someter el análisis del saber a la realidad, cuando lo necesario es, al contrario, partir del análisis del saber o razón humana, porque la realidad siempre es pensada. EL OBJETO (de conocimiento) es siempre definido por el SUJETO. La Verdad se encuentra, pues, en el PENSAMIENTO. Hay que encontrar el MÉTODO (deductivo) adecuado de pensamiento, que será el de la ciencia unificada.

3. Aplicación del principio metodológico general a las ciencias.

Descartes critica “*las ciencias de los libros*”, es decir, desacredita el PRINCIPIO DE AUTORIDAD. Concretamente, ataca “*aquellas cuyas razones son sólo PROBABLES y carecen de demostraciones*”, refiriéndose a la FÍSICA ESCOLÁSTICA, falta del rigor de la matemática. Pero también se refiere a las obras basadas en las “*OPINIONES de varias personas diferentes*”. Frente a las ciencias basadas en autoridades y opiniones, la Ciencia deberá seguir el uso de la RAZÓN (“*razonamientos que puede hacer naturalmente un hombre de buen sentido*”).

Y la condición previa será evitar influencias externas a la propia Razón, tanto “APETITOS” (deseos) como “PRECEPTORES” (autoridades), que nos provocan confusiones (“*a menudo contrarios unos a otros*”). Cuando somos niños nos dejamos llevar tanto por los deseos y las pasiones (que siempre son perturbadores para la razón) como por aquellos que mandan sobre nosotros (padres, maestros...). La razón debe liberarse de todo lo que le puede impedir hacer un uso correcto de ella misma: “*que nuestros juicios sean tan puros y tan sólidos como lo serían si hubiésemos tenido el uso pleno de nuestra razón desde el momento de nuestro nacimiento y no hubiésemos sido sino conducidos por ella.*”

4. Los límites del principio (esta metodología vale para la ciencia, pero no para la política):

El método debe aplicarse al uso teórico de la razón, para encontrar fundamentos firmes al propio pensamiento. Pero ese principio no puede trasladarse a la política o a la transformación de la sociedad.

Vuelve a los ejemplos en torno a la arquitectura. Para hacer una ciudad más bella (es decir, para procurar un uso adecuado de la razón) no hace falta derribar todas las casas del pueblo (es decir, no se trata de eliminar todo el sistema de ciencias), pero sí es posible que haya que derribar algunas, sobre todo si están a punto de caer porque los fundamentos no son firmes.

Es necesario un cambio de forma de pensar, una transformación de los fundamentos de la razón, pero este cambio no debe trasladarse mecánicamente a la política. Se podría pensar que para la transformación que propone habría que “*reformular el cuerpo de las ciencias o el orden establecido en las escuelas para enseñarlas*”, PERO Descartes no es un revolucionario, y no cree en que los cambios en el saber teórico (ciencia) dependan de cambios en el saber práctico (moral y política).

Es más, una actitud revolucionaria podría provocar un escepticismo radical, que es precisamente lo que es necesario evitar. El escepticismo de Descartes es solo **metodológico** y provisional: hay que dudar de nuestras opiniones **en principio** para después ajustarlas a la razón y así poder llegar a las certezas que la propia razón nos pide.

Aquí encontramos influencias de filósofos escépticos como Charron y Montaigne. El escepticismo filosófico no es revolucionario porque adopta una actitud prudente ante los problemas prácticos de la vida. Eso sí, como actitud teórica individual, hay que abandonar las ideas previas para *“sustituirlas después por otras mejores, o bien por las mismas, cuando las hubiese ajustado al nivel de la razón”*. Este es el criterio fundamental del **método deductivo**: definir las ideas válidas a partir de los principios generales de la razón. Y esa será, además, la posibilidad para renovar una metafísica y una filosofía racionales y modernas. Porque se trata de renovar el uso de la razón no sólo para la ciencia, sino para la propia vida (*“por este medio lograría conducir mi vida muy mejor que si construyese sobre viejos fundamentos y me apoyase en principios en los que me había dejado persuadir en mi juventud, sin haber jamás examinado si eran verdaderos”*).

Sin embargo, insiste Descartes, pretender una transformación en el uso de la razón a partir de la transformación del Estado (es decir, de la política) es imprudente, porque los estados son *“grandes cuerpos (...) demasiado difíciles de levantar una vez derribados”* y los hábitos y costumbres han hecho que sus imperfecciones sean soportables. Es preferible soportar a la sociedad, con sus errores, que soportar lo que significaría intentar cambiarla.

En definitiva hay más dificultades en la reforma de la sociedad que en la reforma de la propia vida. Por eso critica a los revolucionarios o reformadores sociales, *“temperamentos en efervescencia e inquietos”* (Descartes, como Montaigne, no es utopista, a diferencia de los platónicos).

La propuesta de Descartes es, pues, individualista: el saber parte del sujeto, que es quien reflexiona (desde su capacidad y con prudencia). Lo único que pretende, a nivel práctico, es *“ordenarse a si mismo”* (autonomía).

Insiste así en que su propuesta es sólo un MODELO que le ha servido a él, y que no todos pueden ni deben aplicar (*“La mera resolución de deshacerse de todas las opiniones admitidas anteriormente como creencias no es un ejemplo que todos deban seguir”*).

Y destaca dos tipos de personas que deberían evitar especialmente seguir su modelo:

- ➔ los demasiado PRECIPITADOS, que *“creyéndose más hábiles de lo que son”* no tienen *“bastante paciencia para conducir por orden todos sus pensamientos”*. Es decir, que no son prudentes y, si se toman la *“libertad de dudar”* eso les puede provocar un escepticismo radical (*“permanecerían extraviados toda su vida”*).
- ➔ los demasiado PRECAVIDOS, que *“teniendo bastante razón o modestia”* para reconocer que son menos inteligentes que otros, no se atreven a tener opinión propia y prefieren escuchar a otros. Por eso *“deben más bien contentarse con seguir las opiniones de esos otros”*. Es decir, la propuesta de Descartes requiere la voluntad de pensar por sí mismo, si no se tiene, es preferible seguir la enseñanza oficial que no intentar el libre pensamiento, que puede resultar peligroso.

Con esto, Descartes ha establecido ya los dos grandes peligros que hay que evitar en el uso de la razón, y en los que insistirá en la primera regla del método: la precipitación (de quienes creen saber más de lo que saben), y la prevención excesiva, a la que falta la voluntad o el valor de quien debe iniciar el camino de la duda hasta alcanzar la certeza.

5. Conclusiones previas al enunciado de las reglas del método.

Descartes reconoce ser un espíritu más bien precavido que precipitado, y confirma la necesidad de prudencia en lo que respecta a la búsqueda de la verdad, con diversos argumentos basados en su propia vida:

- ➔ En el colegio ha aprendido que no hay opinión, por extraña o increíble que sea, que no haya

sido ya dicha por un filósofo.

- Esa diversidad de opiniones de los filósofos es un hecho generalizable al género humano: la cultura en que vives determina tus opiniones y hábitos, de manera que ninguna opinión puede considerarse, por sí misma, verdadera. Esta idea es también deudora del escéptico Montaigne, defensor del relativismo en antropología. Eso le conduce a defender la liberación de las creencias: Las opiniones no provienen de la razón, por eso son un impedimento por llegar a la verdad (hay que liberarse de las influencias sociales).
- La verdad no puede depender tampoco del consenso ("la pluralidad de votos"). Todos los seres humanos podríamos tener una opinión y sin embargo estar todos equivocados.

Es por todo esto que Descartes defenderá un escepticismo respecto a las opiniones, por muy doctas que éstas sean: *no podía escoger a alguien cuyas opiniones me pareciesen que debían preferirse a las de los demás,*

Ahora bien, pese a todas estas prevenciones, que normalmente le hubieran conducido al escepticismo, Descartes reconoce que él ha tenido la fortuna de conocer diferentes maestros y diferentes opiniones de filósofos. Eso le ha permitido tener el atrevimiento de la duda y la decisión de intentar dirigir su vida con su sola razón: *y me encontré como constreñido a emprender por mí mismo la tarea de conducirme.*

6. Las reglas del método.

Es esa situación de renuncia a las creencias y opiniones la que le hace sentirse *un hombre que camina solo y entre tinieblas*. Y para salir de esa oscuridad, propone las reglas de un método que le proporcione SEGURIDAD y FIRMEZA en sus razonamientos: *resolví ir tan lentamente y usar tanta circunspección en todas las cosas que, si no avanzaba nada más que un poco, me guardaría al menos de caer.*

Para iniciar la selección de las reglas de su método, Descartes observa algunos saberes (*entre las partes de la filosofía*) que le podrían ayudar a dirigir la razón (por su certeza):

- la **Lógica**, que es el estudio de los razonamientos válidos, la ciencia del silogismo. Descartes considera el silogismo una técnica útil para establecer deducciones pero inútil para alcanzar la verdad, ya que no aporta en la conclusión nada que no se encuentre ya en las premisas. Es decir, la Lógica permite la exposición de lo ya sabido, pero no demuestra nada: *sus silogismos...sirven más para explicar a otros las cosas que se saben...que para aprenderlas.*
- la **Geometría** (llamada en el texto "análisis de los antiguos") se basa en el método analítico que divide las partes de un problema a partir de una figura (geométrica) dada. Descartes critica de esta ciencia "*que no puede ejercitar el entendimiento sin fatigar mucho a la imaginación*". Como la geometría necesita imaginar figuras, Descartes considera que no hace posible un uso puro de la razón.
- El **Álgebra** (*de los modernos*, es decir de los renacentistas), que aplica el método analítico a partir de una determinada simbología. Descartes considera que esos símbolos han llegado a hacer de esa ciencia matemática "un arte confuso y oscuro".

En definitiva, esas ciencias, que en principio proponen métodos para razonar correctamente, no llegan a satisfacer el deseo de verdad que se propone Descartes. Por eso se propone buscar un método que, "*comprendiendo las ventajas de esos tres, quedase exento de sus defectos*".

Y volviendo a declarar el principio de simplicidad (*en lugar del gran número de preceptos que encierra la lógica, creí que me bastarían los cuatro siguientes*) Descartes procede a proponer las cuatro reglas de su método (basadas, como veremos, en las principales operaciones naturales de la mente humana cuando razona: intuición y deducción):

1^a) EVIDENCIA: *El primero no admitir jamás cosa alguna como verdadera en tanto no la conociere con evidencia que lo era.*

Definimos EVIDENCIA como la certeza de que no necesita ser probada por ninguna otra proposición. Lo "evidente" se contrapone a "dudoso", "verosímil", "probable" y, por tanto, también a "falso". Lo evidente es pues necesariamente verdadero, y se presenta a la mente como indudable.

El objetivo de Descartes es evitar tanto la PRECIPITACIÓN (falta de prudencia en los juicios) como la PREVENCIÓN (excesiva prudencia en los juicios, como la del escéptico que se niega a aceptar lo claro y distinto).

Por ello se propone aceptar sólo aquel conocimiento que esté fuera de toda duda (*que se presentase tan clara y distintamente a mi espíritu, que no tuviese ninguna ocasión de ponerlo en duda*). Entendemos por conocimiento **claro** aquél que es presente y manifiesto, del que se conocen todos los elementos (por oposición al conocimiento recordado o derivado de otros). Lo contrario de la claridad es la oscuridad. Entendemos por distinto aquel conocimiento que no puede ser confundido con otro, porque contiene todos y sólo los elementos que le pertenecen. Lo contrario de la distinción es la confusión.

2^a) ANÁLISIS: *Dividir cada una de las dificultades que examinare en tantas pequeñas partes como se pudiese.*

Se trata de analizar o descomponer el problema. Basada en el criterio de SIMPLICIDAD, procede a dividir las ideas complejas en elementos más simples.

3^a) SÍNTESIS: *Conducir por orden mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ascender poco a poco, como por peldaños, hasta el conocimiento de los más compuestos.*

Basada en el criterio de CLARIDAD (frente al desorden y la mezcla, que producen oscuridad). Permite el paso de lo simple a lo complejo, es decir, ir desde los elementos simples analizados en el paso anterior, construyendo una explicación ordenada y racional de la realidad.

Este ORDEN lógico de lo simple a lo complejo deberá ser SUPUESTO aunque en las observaciones no aparezca (las apariencias pueden engañar), ya que toda idea deducida deberá ser justificada por el criterio de evidencia.

4^a) COMPROBACIÓN: *Hacer en todos recuentos tan completos y revisiones tan generales que estuviere seguro de no omitir nada.*

Basada en el deseo de SEGURIDAD y certeza, y definida como verificación o revisión, consiste en la contraprueba y la justificación de las reglas segunda y tercera.

7. Aplicaciones y consecuencias del método.

7.1. En la Matemática y la Ciencia.

El método propuesto está inspirado en el MODELO MATEMÁTICO: *cadena de razones, todas simples y fáciles, de las que los geómetras tienen costumbre de servirse para llegar a sus demostraciones más difíciles*. Más aún, esto nos permite IMAGINAR un ORDEN necesario para DEDUCIR unas verdades a partir de otras en CUALQUIER RAZONAMIENTO. Si la RAZÓN ES UNA, EL MÉTODO DEBE SER UNO Y LA CIENCIA TAMBIÉN UNA.

La Matemática, ciencia exacta y universal, debe permitir construir una Ciencia unificada con certeza y absoluta seguridad. El método debe ser único como la Ciencia ha de ser única. Dice Descartes que esta idea no significa tener que aprender todas estas ciencias particulares que se llaman comúnmente matemáticas (recordemos que Descartes critica la diversidad de métodos y de ciencias particulares propios de la escolástica), sino únicamente observar su método (aunque sus

objetos sean diferentes, no dejan de concordar todos en el hecho de no considerar nada más que las diversas *relaciones o proporciones* que se encuentran en sus objetos).

Como ejemplo, pone Descartes las ciencias de la geometría y el álgebra, a las que dice haber aplicado el método propuesto, haciéndolas ligeras y simples para el entendimiento. La idea de Descartes es la unificación del método en una "*mathesis universalis*", ciencia general del orden y la medida, los resultados de la cual sean aplicables a los diversos campos de las ciencias particulares. La unidad del cuerpo de las ciencias vendrá de la unidad fundamental del método.

"El MÉTODO que enseña a seguir el verdadero ORDEN y a recontar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca, contiene todo lo que proporciona CERTEZA a las reglas de la aritmética".

En definitiva, para poder hacer Ciencia es necesario, previamente, saber lo que puedo (y no puedo) conocer. Y el conocimiento humano está limitado a lo que le da certeza, es decir, a las reglas de la matemática. Por eso la Ciencia deberá seguir el modelo riguroso del pensamiento matemático.

7.2. En la Filosofía.

El método tiene una finalidad científica, pero sobre todo tiene la finalidad de hacer la vida humana lo más racional posible: "*Pero lo que más me satisfacía de este método era que, gracias a él, estaba seguro de servirme de mi RAZÓN en todo, si no perfectamente, al menos lo mejor que me fuera posible... "*

Con el Método, el ESPÍRITU se acostumbra poco a poco a concebir más claramente y más distintamente lo que pretender conocer. Pero, insistiendo en el criterio de Prudencia, Descartes nos recuerda que la aplicación del método tendrá que seguir el orden de lo más simple a lo complejo, por lo que la aplicación a la Filosofía (*en la que no encontraba aún ninguno cierto (...) y donde la precipitación y la prevención eran lo más de temer*) no podía ser inmediata. Para aplicar el método a los problemas de la Filosofía será necesario desarraigar del espíritu *todas las malas opiniones que había admitido antes de aquel tiempo*. Recordemos que el texto tiene un componente autobiográfico, y aquí Descartes nos dice que vislumbró esta idea de método a los 23 años; a esa edad, según el autor, no se tiene la madurez (la prudencia) para aplicar la racionalidad a los problemas filosóficos. Para ello, será necesario *hacer acopio de experiencias varias* y ejercitarse *continuamente en el método*. Es decir, aunque la Filosofía sea "*la cosa más importante del mundo*" (para Descartes la Filosofía sería las raíces del árbol del conocimiento), debe estudiarse cuando el espíritu ha sido suficientemente moderado por la experiencia y por la aplicación del método científico, desde la matemática a las diversas ciencias.

PARTE TERCERA: “LA MORAL PROVISIONAL”

1. Una moral “a modo de provisión” (*par provision*)

La tercera parte del *Discurso del método* es una justificación de Descartes en torno al uso de la razón en el ámbito práctico, es decir en la moral y la política. En la segunda parte se ha propuesto poner en duda todo lo que sabía, para intentar reconstruir el conocimiento sobre un nuevo método que le asegure un uso adecuado de la razón. Pero ha dejado claro que ese “dudar de todo” no debe ser aplicado a la moral y la política, porque puede provocar un escepticismo radical que impida la acción o que genere cambios radicales y peligrosos en la sociedad. Aquí insiste en esta idea.

Al inicio de esta tercera parte sigue con los ejemplos arquitectónicos:

- Se propone “*reconstruir el alojamiento que se habita*”, es decir, reconstruir su conocimiento sobre nuevos fundamentos racionales.
- Pero para ello necesita:
 - “*hacer provisión de materiales*”, es decir, disponer de ciertos conocimientos básicos para la vida práctica, mientras hemos puesto todo en duda en la teoría.
 - “*ejercitarse uno mismo en la arquitectura*” es decir, en el razonamiento, que requiere tiempo.
 - “*y... haber trazado cuidadosamente el diseño*”, es decir, haber diseñado el método.
 - Y dado que su razón está en “reconstrucción”, precisará *alguna otra habitación en donde se pueda estar alojado cómodamente durante el tiempo en que se trabajará*, es decir, mientras dure el desarrollo del método aplicado a la ciencia y a la filosofía, necesita algunos principios para la acción, para la vida práctica, que no sean puestos en duda.

Por eso, se propone una MORAL PROVISIONAL, es decir unos principios morales que le sirvan para tomar decisiones mientras siga instalado en la duda teórica (*morale par provision*, dice en francés, es decir, una provisión o bagaje, para seguir viviendo *lo más felizmente que pudiese*).

Esa moral le permitirá *no permanecer irresoluto en mis acciones*, es decir, no dejar de actuar lo más prudentemente posible. Descartes sabe que la urgencia de la vida exige tomar decisiones, y que no puede esperar a superar sus dudas para hacerlo. En cambio en la reflexión filosófica, que no está sometida a urgencias, *la razón* le obliga a permanecer en la duda respecto a los *juicios*, es decir, respecto a los planteamientos teóricos sobre lo verdadero y lo falso.

La moral provisional de Descartes consta de tres *máximas* o reglas.

2. Máximas de la moral provisional.

Regla primera: “*Obedecer las leyes y las costumbres de mi país*”

Entrando en aparente contradicción con apartados anteriores, ahora Descartes afirma querer seguir, en el plano práctico, las leyes y costumbres e incluso la religión en que había sido educado desde la infancia

Insiste en aceptar las opiniones más moderadas (*comúnmente aprobadas en la práctica por los más sensatos*), dado que las propias estaban todas sometidas a examen (a nivel teórico, por la imposición del método). De esta manera evita caer en el escepticismo radical.

Y aunque reconoce que puede haber personas más sensatas que él desconozca (*entre los persas o los chinos*) *lo más útil es acomodarme a aquellos con quienes tenía que vivir*. Más aún, no se trata tanto de saber qué piensan sobre algo, sino observar lo que hacen en la práctica,

porque eso es realmente lo que será útil para la convivencia (*estar atento más bien a lo que practicaban que a lo que decían*). Y eso por dos razones:

- Porque hay pocas personas que deseen decir todo lo que creen, *a causa de la corrupción de nuestras costumbres*.
- Porque muchas personas ignoran ellas mismas lo que realmente creen. Y esto porque una cosa es creer algo y otra darnos cuenta de que lo creemos.

Es necesario evitar, en todo caso, los "excesos", y escoger las opiniones más moderadas, y ello también por dos razones:

- *Porque son las más cómodas para la práctica* y seguramente las mejores.
- Porque, aun sin saber si escojo bien, si elijo la opción moderada estaré más cerca de rectificar que si opto por lo más extremo.

En especial considera Descartes que son excesos peligrosos los de las promesas que recortan "*algo de la propia libertad*". Descartes reconoce que las leyes son necesarias, sobre todo por la inconstancia de los espíritus débiles, pero personalmente le parece ir contra el buen sentido aprobar algo como bueno de forma definitiva y sin posibilidad de cambio. Confía pues en la posibilidad de cambio y mejora de opinión tras el juicio racional (que recordemos está suspendido por la duda metódica).

Regla segunda: "Ser en mis acciones lo más firme y resuelto que pudiese"

Una vez he tomado una decisión, aunque sea dudosa, debo seguirla con firmeza. Descartes usa el ejemplo de un viajero extraviado en un bosque: no debe dar vueltas de un lado a otro ni detenerse, sino *caminar siempre lo más recto que pueda hacia un mismo lado*. Es decir, para tomar una decisión no podemos permanecer indecisos o *cambiar el rumbo por débiles razones*, sino ser constantes y coherentes con la decisión tomada. Y ello aunque sólo *el azar* nos haya hecho tomar la decisión (por ejemplo, el vivir en determinado sitio donde esa decisión es la más aceptable, aunque no lo fuera en otro). De esa manera, aunque no consiga todo lo que me propongo, al menos "llegaré a alguna parte", en vez de permanecer "*en medio de un bosque*". Es decir, no permaneceré indeciso y en la duda, y me acercaré más a mis objetivos.

Sobre todo porque, insiste Descartes, las decisiones que tomaremos serán siempre *las más probables*, siguiendo el criterio de prudencia. Aunque no podemos saber si acertaremos totalmente en una decisión, como la vida nos exige decidir, debemos tomar esas decisiones con firmeza. Y ello *porque se refieren a la práctica*, y en este ámbito (a diferencia del ámbito teórico de la filosofía o la ciencia) debemos seguir las opiniones más probables *no como dudosas...sino como muy verdaderas y muy ciertas*.

Esta segunda máxima sirve, según Descartes, para evitar *arrepentimientos y remordimientos*. Son los *espíritus débiles y vacilantes*, que permanecen en la duda, los que sufren y se arrepienten, llegando a *practicar como buenas las cosas que después juzgan malas*. En cambio, el que actúa con firmeza, aunque se equivoque, no se arrepiente porque hizo lo que pensaba que era correcto, y que había decidido libremente en esa circunstancia.

Regla tercera: "Procurar siempre vencerme a mí mismo antes que a la fortuna"

Esta regla, de inspiración estoica, pone el énfasis en el sujeto, en el individuo, en la medida en que es más fácil dominarse uno mismo (*no hay nada que esté enteramente en nuestro poder sino nuestros pensamientos*) que pretender cambiar el mundo o esperar que la suerte cambie las cosas (*modificar mis deseos antes que el orden del mundo*).

Si hemos seguido las máximas anteriores, y hemos actuado *lo mejor que hemos podido*, lo que nos pueda faltar para *conseguir el éxito* es para nosotros inalcanzable y no debe preocuparnos. Así, si quiero estar satisfecho, debo limitar mis deseos a lo que puedo conseguir, y no plantearme objetivos que no dependen de mí.

La Voluntad sólo quiere lo que el entendimiento le representa como posible, es decir, sólo queremos lo que entendemos. Así que, si aceptamos que lo que está fuera de nosotros no podemos llegar a entenderlo (al menos en la vida práctica), dejaremos de quererlo, y seremos más felices (por ejemplo, dejaremos de lamentarnos por no tener cualidades naturales que otros tienen, como no nos quejamos *por no poseer los reinos de la China o de Méjico*). Se trata de “*hacer de la necesidad virtud*”, es decir, de aceptar lo que somos y podemos (y lo que no somos y no podemos) para dejar de tener deseos inútiles, que nos confunden y nos hacen infelices (como querer estar sanos si estamos enfermos o libres si estamos en prisión).

Descartes reconoce que seguir esta máxima es difícil y requiere *un largo ejercicio y una meditación frecuente*. Pero gracias a ello el sabio puede *rivalizar en felicidad con los dioses*. La felicidad consiste en no querer más de lo que sabes y lo que puedes, ese es el ideal de sabiduría, el “*secreto de los filósofos*”. Se refiere a los filósofos estoicos que, ocupados en conocer los límites que nos impone la naturaleza, se convencían que nada estaba en su poder sino sus pensamientos, y eso era suficiente para impedirles querer nada más. Y esa es la verdadera riqueza: disponer de los propios pensamientos, en eso consiste la libertad y la felicidad. Para Descartes, esos filósofos eran, gracias a ese pensamiento, mucho más “ricos” que quienes han sido favorecidos por naturaleza o por fortuna, porque a pesar de ello *no disponen jamás, como aquéllos, de todo lo que quieren*. El filósofo tiene todo lo que quiere, porque limita su voluntad a lo que sabe y puede.

3. Elección de vida.

La conclusión de estas máximas, según Descartes, es que la mejor ocupación de un hombre es la filosofía, y por ello decide *emplear toda mi vida en cultivar mi razón y avanzar, tanto cuanto pudiese, en el conocimiento de la verdad siguiendo el método que me había prescrito*. Así pues, estas reglas morales tienen el sentido de permitir la investigación filosófica, que es para Descartes la ocupación más satisfactoria: *la satisfacción que obtenía llenaba de tal manera mi espíritu que todo lo restante no me afectaba*. Descartes quiere seguir estudiando, y por eso reduce la moral a tres máximas prácticas, que le permitan ser lo más feliz y lo más libre posible.

Descartes es consciente que estas reglas son provisionales, y que, por ejemplo, la máxima que le hace seguir *las opiniones de los demás* es sólo una necesidad momentánea hasta que, gracias al método, se halle en disposición de *emplear mi propio juicio para examinarlas cuando fuera el tiempo*. La seguridad y la confianza que Descartes tiene en la Razón como guía del conocimiento y de la vida humana le llevan a afirmar: *es suficiente juzgar bien para obrar bien, y juzgar lo mejor que se pueda, para obrar también lo mejor que se pueda*.

Las máximas de la moral provisional sirven pues para proporcionar seguridad moral, la cual a su vez le permitirá aplicar la duda metódica en el ámbito teórico. Pero esa duda no afectará en todo caso a las reglas de la moral ni tampoco a las “verdades de fe”, *que han sido las primeras en mi creencia*. Es decir, cuando Descartes se plantea dudar de todo como primer paso de su investigación filosófica, habrá *puesto aparte* (es decir, fuera del ámbito de la razón científica) todos los problemas morales y las creencias religiosas. Insiste, en este sentido, que su duda no es la de *los escépticos, que dudan por solo dudar y fingen ser siempre irresolutos*. Queda claro que su duda es metódica, es decir, pretende ser superada por el método, para conceder seguridad a la razón humana, y no se aplica en todo caso a la vida práctica, porque no es posible permanecer *irresoluto*, es decir, no tomar decisiones.

El proceso de la duda le va a permitir *destruir todas aquellas opiniones mías que juzgaba mal fundadas*, y al tiempo, mediante *observaciones y experiencias*, establecer otras más ciertas. Y todo ello sometido al método que propuso en la parte segunda.

Ahora, con la duda metódica y el método como guía de la razón por un lado, y con las reglas de la moral provisional para vivir lo más feliz y libre posible por otro, está Descartes en disposición de presentarnos las tesis fundamentales de su filosofía.

PARTE IV: LOS FUNDAMENTOS DE LA METAFÍSICA: LA EXISTENCIA DEL ALMA, DE DIOS Y DEL MUNDO.

Esta parte del Discurso es un resumen de las *Meditaciones Metafísicas* (obra publicada en 1641, dirigida al público culto (... *las primeras meditaciones que hice allí... son tan metafísicas...*)).

Descartes planteará una nueva METAFÍSICA como fundamentación (raíces) de todo conocimiento racional (*a fin de que se pueda juzgar si los fundamentos que he considerado son bastante firmes...*).

1. La duda metódica y la certeza del yo pensante.

En este apartado se plantea Descartes fundamentar el criterio de **verdad** que había quedado establecido en la primera regla del método. Para llegar a la evidencia que exige el método, Descartes parte de la **duda metódica**.

Como ha argumentado en la parte tercera, en el ámbito PRÁCTICO (*con respecto a las costumbres*) nos podemos conformar con lo dudoso o probable: *es necesario algunas veces seguir opiniones que se saben muy inciertas, como si fueran indudables*. Pero en el ámbito TEÓRICO (*quería dedicarme solamente a la búsqueda de la verdad*) hay que rechazar como absolutamente falso todo aquello de lo que se pueda *imaginar la menor duda*.

Y el objetivo de esa DUDA será la necesidad teórica o racional de la EVIDENCIA *a fin de ver si no quedaría, después de esto, algo en mi creencia, que fuese enteramente indudable*.

Y encuentra Descartes tres razones para dudar, que se corresponden con tres grados de la duda

1. EL ENGAÑO DE LOS SENTIDOS: *nuestros sentidos nos engañan algunas veces*, nos hacen IMAGINAR EL MUNDO. Será necesario pues poner en duda el mundo tal como lo imaginamos. Las sensaciones son subjetivas, y por tanto dudosas.

2. LOS ERRORES DEL RAZONAMIENTO: No sólo nos equivocamos cuando nos dejamos llevar por los sentidos, sino también cuando razonamos (*incluso en lo tocante a los más simples asuntos de geometría*, es decir, incluso en demostraciones como las de las matemáticas). Descartes propone aquí someter a la duda y considerar *como falsas todas las razones que había admitido anteriormente como demostrativas*. Este argumento, que pone en duda los propios razonamientos humanos, es desarrollado en las *Meditaciones metafísicas* con el famoso argumento del “genio maligno”, según el cual quizá cada vez que razonamos (incluso en matemáticas) un genio que quiere burlarse de nosotros hace que nos equivoquemos. Se trata de la “duda hiperbólica”, que Descartes propone como un juego mental con la intención de alcanzar una certeza totalmente indudable.

3. LA HIPÓTESIS DEL SUEÑO: Puesto que, muchas veces, los pensamientos que tenemos en sueños son difíciles de distinguir de los que tenemos cuando estamos despiertos, decide Descartes “ *fingir que todas las cosas que en cualquier momento habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños*”.

Descartes nos está proponiendo que expliquemos porqué la realidad de los sueños es una ilusión y la realidad de la vigilia no lo es. Dónde está la diferencia entre las dos “realidades”. Con esto Descartes no sólo duda de los sentidos o de los razonamientos, sino de la propia existencia de las cosas, es decir de la propia realidad.

Y gracias a esta duda radical, alcanza Descartes la **primera certeza**: *Pero inmediatamente*

después advertí que, mientras quería de ese modo pensar que todo era falso, era preciso necesariamente que yo, que lo pensaba, fuese alguna cosa. Es decir, puede que toda la realidad sea una ilusión, pero al menos YO, que lo estoy pensando, debo ser ALGO, debo existir (aunque me equivoque siempre):

Y, dándome cuenta de que esta verdad, "yo pienso, luego soy", era tan firme y tan segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de hacerla tambalear, juzgué que podía admitirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que buscaba.

Cogito, ergo sum. Esa es la **primera verdad**, que no puede ser puesta en duda, y que será el **primer principio de la nueva filosofía**. Y los escépticos tampoco podrían dudar de esta verdad, puesto que ellos, cuando razonan, ya están suponiéndola. Descartes no es pues un escéptico, sólo ha usado la duda para alcanzar esta verdad, y a partir de ella desarrollar su filosofía.

Puedo dudar de todo, incluso de si realmente estoy respirando, de mis razonamientos o de si esto que está pasando es real (puede ser un sueño) pero si estoy dudando, ya estoy pensando. Y en tanto que pienso, me doy cuenta de que existo. El cogito es una INTUICIÓN (verdad inmediata, autoevidente), condición previa para cualquier razonamiento (incluido ése). No se trata de que "pienso y por tanto existo" (si así fuera, habría que suponer que lo que no piensa no existe, y Descartes no dice eso). Lo que quiere decir es que "pienso, y de esa manera soy consciente de mi existencia".

2. El alma: su naturaleza y su distinción respecto del cuerpo.

A continuación, puesto que ya sabe que existe, procede Descartes a examinarse a sí mismo, a considerar en qué consiste su existencia. Y considera que, como ser pensante, él existe aunque su cuerpo y todo el mundo externo no existiese: *podía fingir que no tenía cuerpo alguno, y que no había mundo ni lugar alguno en el que yo estuviese; pero...no podía fingir, por ello, que (yo) no era.* Es decir, el **cogito** (YO como ser pensante) existe INDEPENDIENTEMENTE de si existe o no el MUNDO EXTERIOR (incluido mi cuerpo). La certeza de mi pensamiento es pues superior y anterior a la de mi cuerpo y a la del mundo. Puedo fingir que no tengo cuerpo, pero no que no soy.

Así, a partir de la duda sobre el mundo, Descartes ha conseguido establecer la primera certeza y evidencia (*en dudar de la verdad de las otras cosas, se seguía muy evidente y muy ciertamente que yo era*). Dicho de otra forma, puedo imaginar que mi cuerpo y el resto de cosas no existan, pero no puedo imaginar que mi pensamiento no existe, porque al hacerlo ya estoy pensando. Así que aunque todo lo que supongo que existe fuera de mí (incluyendo mi cuerpo) fuera verdadero, de eso no se sigue que yo exista; en cambio, en tanto que pienso, sí se sigue con certeza y evidencia que yo existo.

YO soy una SUBSTANCIA la esencia de la cual es PENSAR (no necesito para SER nada material): *yo era una substancia cuya esencia toda o naturaleza no es sino pensar, y que, para ser, no tiene necesidad de lugar alguno, ni depende de cosa material alguna.*⁵

El ALMA es distinta y más fácil de conocer que el CUERPO, ya que tenemos conocimiento intuitivo y DIRECTO y es condición necesaria para conocer el cuerpo: *"De suerte que este yo, es decir, el alma, por la cual yo soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo y hasta más fácil de conocer que éste, y aunque el cuerpo no fuera, el alma no dejaría de ser todo lo que es".*

Esta tesis se denomina "dualismo antropológico", porque separa, en la definición del ser humano, el alma del cuerpo como realidades o "substancias" distintas.⁶

5 En las *Meditaciones Metafísicas*, dice Descartes: "¿Qué soy? Una cosa que piensa. ¿Y qué es eso? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, y también imagina y siente". Queda claro que el "pensar" incluye todos los hechos de conciencia, no únicamente los del conocimiento, sino también los de la voluntad e incluso los emotivos.

6 El aristotelismo entendía "alma" como un impulso vital inseparable del cuerpo y propio de todo ser vivo. Descartes, en cambio no vincula, en principio, el alma con las funciones biológicas (de hecho él preferiría el concepto "mente") ya que defenderá una biología mecanicista según la cual el cuerpo es un puro mecanismo material. El alma se identifica con el pensamiento, atributo esencial del ser humano. En todo caso, alma y cuerpo son dos sustancias distintas pero unidas e interdependientes (tampoco quiere caer Descartes en un platonismo que considerara la unión

A partir de esta noción de alma como sustancia pensante, Descartes considera que puede establecer la regla general para poder seguir pensando, para poder seguir dirigiendo su razón de manera adecuada. Porque, a partir de la certeza del *cogito*, todo lo que se deduzca del pensamiento se podrá considerar tan verdadero como el propio pensamiento. La “proposición” *cogito, ergo sum* es cierta y evidente; así que cualquier proposición derivada de ella, lo será también: *Después de esto, consideraré en general lo que se requiere en una proposición para que sea verdadera y cierta; porque, puesto que acababa de encontrar una que sabía que era tal, pensé que debía también saber en qué consiste esa certeza.*

Ha quedado establecido *muy claramente* que *PARA PENSAR ES NECESARIO SER*, es decir, que si pienso es necesario que exista (al menos como ser pensante). Pero ahora habrá que ver qué contenidos de ese pensamiento pueden considerarse ciertos; porque recordemos que todos están aún bajo la sospecha de la duda (excepto el propio “pensar”).

Y la “regla general” que le va a permitir seguir pensando es la siguiente: *que las cosas que concebimos muy clara y muy distintamente son todas verdaderas.*

El primer pilar del edificio del conocimiento es el *cogito*, pero ahora hay que saber cómo puede “salir” el *cogito* de sí mismo y llegar a demostrar la existencia del mundo exterior.

3. Dios, garantía de Verdad.

Demostración de la existencia de Dios.

a) Prueba gnoseológica (a partir de la idea de Perfección)

Puesto que soy un ser que duda, soy consciente que no soy un ser perfecto (*pues veía claramente que había una mayor perfección en conocer que en dudar*). Pero al mismo tiempo, aspiro a conocer la verdad, y de esa manera puedo decir que, si bien no la conozco, intuía la Perfección (*había aprendido a pensar en algo más perfecto que yo*).

¿De dónde he aprendido la idea de un ser perfecto? Debe ser (*evidentemente*) de un ser perfecto. Es ésta una prueba *a posteriori*, que establece la idea de Dios en mí, en mi mente.

El contenido del pensamiento son las ideas. Y la idea de “perfección”, que encuentro en mi pensamiento, no puede proceder de mí mismo. Respecto a las demás ideas, que se refieren supuestamente a cosas del mundo, *no estaba tan preocupado por saber de dónde procedían*, porque las ideas sobre cualquier cosa del mundo (*el cielo, la tierra, la luz...*) si son verdaderas pueden depender únicamente de mí (en tanto que yo tengo *alguna perfección*, es decir, la perfección de cierto conocimiento verdadero); y, por otra parte, si son falsas, *procedían de la nada, es decir, estaban en mí porque había defecto en mí*. El conocimiento humano está sujeto siempre al error, pero también puede alcanzar la verdad; en ambos casos, las realidades de esas ideas son “inferiores a mí”: en las primeras, porque “no son nada”, son errores de mi conocimiento, y en el segundo porque son ideas verdaderas, producto de mi razón bien dirigida.

Pero, a diferencia del resto de ideas, la idea de Dios (Perfección) no puede venir de la nada (no puede ser un error), porque lo imperfecto no puede causar lo perfecto. Y tampoco puede venir *de mí mismo*, porque yo soy imperfecto.

Conclusión: *sólo quedaba que ella* (la idea de Perfección) *hubiese sido puesta en mí por una naturaleza que fuese verdaderamente más perfecta que lo que yo era*. En definitiva, la idea de Perfección debe haber sido puesta en mí por la propia Perfección, es decir, por Dios.

que nos constituye como seres tan sólo accidental).

b) Prueba de la causalidad (a partir de mi existencia contingente)

Esta prueba puede considerarse un complemento de la prueba anterior, igualmente “a posteriori” pero ahora para establecer la propia existencia de Dios, no sólo su idea en mí.

La existencia de una realidad exterior al sujeto, que no es ni puede ser el sujeto (porque es una realidad perfecta, y el sujeto no lo es), permite a Descartes dar por superado el solipsismo: ... *puesto que yo conocía algunas perfecciones que yo tenía, no era yo el único ser que existiese (...)*

Y además, ese ser perfecto, que existe, debe ser, necesariamente, de quien yo dependo, y quien me ha proporcionado mi ser:

...pero que era preciso, por necesidad, que hubiese algún otro más perfecto, de quien yo dependiese, y de quien yo hubiese obtenido todo cuanto tenía.

En definitiva, soy imperfecto, pero conozco la idea de imperfección. Necesariamente algún ser perfecto la ha introducido en mí. Si yo existiera solo (solipsismo), si yo hubiera producido la idea de perfección, yo sería perfecto. Pero yo no tengo los atributos de la perfección: no soy infinito (sin límites), no soy eterno (existir por sí mismo y para siempre), no soy inmutable (no sometido a cambio), no soy omnisciente (conocimiento completo de todo), no soy todopoderoso (poder total y absoluto). Luego ese ser perfecto debe ser quien ha producido en mí la idea de perfección.

Esta prueba de la existencia de Dios a partir de mi existencia es resumida en las *Reglas para la dirección del espíritu* de esta manera: “*Sum, ergo Deus est*”. Mi existencia (de la que estoy seguro gracias al cogito) es CONTINGENTE, es decir, cambiante, y por tanto no necesaria en términos absolutos. A partir de la constatación de la propia imperfección se deriva una demostración “por negación” en Dios de las cualidades imperfectas que encuentro en mí: la duda, la inconstancia, la tristeza... todas las cosas sensibles y corporales:

Así veía que la duda, la inconstancia, la tristeza, y cosas parecidas, no podían estar en Él, puesto que a mí mismo me hubiese gustado mucho verme libre de ellas.

Además, Descartes reconoce tener también *ideas de cosas sensibles* (que tal vez sean falsas, como los sueños, pero se hallan en mi pensamiento). Eso se debe a la naturaleza compuesta del ser humano: somos alma pero también somos cuerpo (*la naturaleza inteligente es distinta de la corporal*). Y esta COMPOSICIÓN es una muestra de DEPENDENCIA, lo cual es *un defecto*. Y Dios, que no es defectuoso, no puede estar compuesto, como yo, de cuerpo y alma, y por eso es INDEPENDIENTE.

Por último, si existen *cuerpos en el mundo* o tal vez también *algunas inteligencias u otras naturalezas que no fuesen del todo perfectas*, todo ello debe haber sido creado por Dios. Y más aún, todo ello depende continuamente del *poder divino*, puesto que no podrían subsistir *sin Él un solo instante*. Es ésta la llamada “teoría de la creación continua”, según la cual Dios está interviniendo constantemente en el mundo.

c) Prueba ontológica

Tras haber probado la existencia de Dios “a posteriori”, procede Descartes a considerar las ideas que, tras la de Dios, parecen tener mayor grado de evidencia: las matemáticas. Estas ideas le servirán, además, para formular la única prueba “a priori” de la demostración de la existencia de Dios (formulada ya en el siglo XI por San Anselmo de Canterbury)

La certeza de las ideas matemáticas depende de la evidencia (1ª regla): *esa gran certeza que todo el mundo atribuye a estas demostraciones no está fundada sino en que se las concibe con evidencia, según la regla antes dicha,*

Pero nada asegura (en principio) que existan tales objetos matemáticos:

...advertí también que no había nada en ellas que me asegurase de la existencia de su objeto.

Así, si hablamos por ejemplo de la geometría, podemos considerarla la ciencia que estudia el *espacio indefinidamente extenso*, es decir, divisible en partes que a su vez son divisibles

(indefinidamente). Así, tal extensión no tendría límites, pero eso no quiere decir que sea “infinita” (como Dios). El espacio no es en realidad infinito, sino INDEFINIDO (ausencia de límites en relación con el concepto de extensión).

Así, a diferencia de Dios, la existencia no es la propiedad esencial de los objetos geométricos. Por ejemplo, el triángulo se define como objeto de tres ángulos, y ésta es su esencia, respecto a un espacio DEFINIDO.

En el caso de Dios, es el único Ser en que la esencia y la existencia son una y la misma cosa, es decir, en Dios ser y existir es lo mismo, mientras que el resto de seres existen por un atributo que nos permite reconocer su esencia (por ejemplo el Pensamiento en el caso del ser humano, o las evidencias matemáticas en el caso de esos objetos).

Volviendo a examinar la idea que yo tenía de un Ser perfecto, encontraba que la existencia estaba comprendida en ella del mismo modo que está comprendida en la de triángulo que sus tres ángulos son iguales a dos rectos. (...)

La existencia de Dios tiene así más evidencia aún que la de los objetos matemáticos (es tan cierto que Dios es o existe como lo pueda ser cualquier demostración de la geometría).

Dios, garantía del criterio de evidencia.

Y a pesar de tantas evidencias, ¿por qué algunos piensan que es difícil demostrar la existencia de Dios y del alma? Porque sólo creen inteligible lo que pueden IMAGINAR (y la imaginación es un modo de pensar respecto a imágenes de cosas materiales).

Aquí se refiere Descartes al error de la filosofía Escolástica, que pretendía demostrar a Dios a partir de la experiencia: *todo lo que no es imaginable, les parece no ser inteligible. Lo cual está bastante manifiesto en lo que los mismos filósofos tienen como máxima en las escuelas: que no hay nada en el entendimiento que primero no haya estado en el sentido*⁷.

Según Descartes, en cambio, sólo el entendimiento puede JUZGAR, no los sentidos ni la imaginación. Y para explicarlo utiliza una comparación con los propios sentidos: sería tan absurdo pretender comprender las ideas de alma o Dios con la imaginación como pretender oír sonidos con los ojos. Y peor aún, porque los sentidos son independientes entre sí, mientras que no podemos imaginar (ni sentir) *si nuestro entendimiento no interviene*.

En definitiva, el entendimiento tiene prioridad sobre el resto de facultades, que lo presuponen. Y es el entendimiento quien nos ha dado razones para estar seguros de la existencia del alma y de Dios. De hecho, si, a pesar de las razones dadas, un escéptico siguiera poniéndolas en duda, debería saber que también debería poner en duda la existencia del mundo externo. Porque, como mucho, podría tener SEGURIDAD MORAL (la que basta para la vida práctica) de ese mundo (de los cuerpos y todo lo material), pero no podría tener la CERTEZA METAFÍSICA de su existencia. La “seguridad moral” de cosas como tener un cuerpo o *que hay astros y una Tierra* es indudable (en la práctica) *a menos de ser extravagante*, es decir, si no queremos ser tenidos por locos. Pero no deja de ser una seguridad meramente moral, que filosófica y científicamente no nos proporciona certeza. Porque, ¿cómo podemos estar seguros que lo que vemos y lo que creemos es verdadero, o es tan sólo imaginación nuestra, con el valor de un sueño? La única manera de tener certeza metafísica (es decir, de poder estar en el camino seguro de la razón) es presuponiendo *la existencia de Dios*⁸. Y eso no se puede negar, según Descartes, *a no ser perdiendo la razón*. Es decir, la certeza del “cogito” y la verdad de Dios nos permite usar adecuadamente nuestra razón. De otra forma, permanecemos en la duda, en la imaginación, en los sueños, prácticamente en la locura.

Así, la duda del sueño sólo se puede salvar por el COGITO primero y por DIOS después (que como es perfecto no puede ser malo, no es el genio maligno). Las ideas claras y distintas lo son porque Dios existe y Dios existe porque de él tenemos una idea clara y distinta (Cogito como

7 Principio empirista de la filosofía escolástica: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Es decir, todo el conocimiento humano parte de los sentidos para después ser concebido por el entendimiento o razón.

8 *Y aunque los mejores ingenios estudien este asunto tanto como les plazca, no creo que puedan dar razón alguna que sea suficiente para suprimir esa duda, si no presuponen la existencia de Dios.*

primera verdad epistemológica, Dios como primera verdad ontológica). Esto puede parecer un argumento circular, que se entiende si consideramos:

- a) que para la evidencia de la existencia de mi pensamiento me basta con el cogito.
- b) pero que la garantía de que las evidencias siguen siéndolo es Dios, porque Él asegura la inmutabilidad de las verdades eternas (como por ejemplo las de los argumentos matemáticos que serán la base de la ciencia).

Las ideas, *en todo aquello en que son claras y distintas*, no pueden sino ser verdaderas (porque provienen de Dios). Las ideas confusas y oscuras *participan de la nada* ya que tratan de cosas no reales, que no podemos someter al entendimiento (porque nosotros no somos totalmente perfectos). Es decir, la falsedad o la imperfección no pueden proceder de Dios, igual que la verdad o la perfección no pueden proceder de la nada⁹.

Dios es, así, “garantía de verdad”: saber que Dios existe nos permite confiar en la certeza de las ideas claras y distintas. Si no supiésemos que esas ideas (*todo lo que hay en nosotros de real y verdadero*) provienen de Dios (*ser perfecto e infinito*) no podríamos afirmar que son verdaderas (aunque a nosotros nos parecieran claras y distintas).

4. La existencia del mundo exterior y la superación de la duda del sueño.

El “cogito” y Dios, al salvar la coherencia de las ideas, salvan la duda del sueño:

...los ensueños que imaginamos estando dormidos no deben, de ninguna manera, hacernos dudar de la verdad de los pensamientos que tenemos estando despiertos.

La verdad es la evidencia de una idea clara y distinta. Por eso, aunque habitualmente no es así, podemos tener pensamientos verdaderos mientras dormimos, como pensamientos falsos en vigilia (por ejemplo, un geómetra puede resolver un problema en sueños). El criterio de verdad (y de falsedad) no depende del hecho de estar durmiendo y soñando o despierto y en vigilia, sino de que las ideas que produzca el pensamiento sean claras y distintas, y que de ellas se pueda deducir coherentemente verdades sobre el mundo. Naturalmente, si desconfiamos de la verdad de los sueños es porque habitualmente son más confusos que lo que vemos en vigilia (*nos representan diversos objetos del mismo modo que lo hacen nuestros sentidos exteriores*). Pero también esa confusión se produce cuando estamos despiertos y nos dejamos persuadir por lo que sentimos o imaginamos.

El entendimiento puede distinguir (analizando) en la realidad (la que le ofrecen los sentidos de manera confusa) aquellas cualidades coherentes con sus ideas claras y distintas:

Pues, por último, sea que estemos en vela, sea que durmamos, no debemos dejarnos persuadir nunca sino por la evidencia de nuestra razón. Y es de señalar que digo de nuestra razón, y no de nuestra imaginación ni de nuestros sentidos.

La razón no nos dice que debemos fiarnos de todo lo que nos dicen nuestros sentidos o nuestra imaginación (sea despiertos o en sueños). Pero sí nos dice que, en todas las ideas (incluidas las de los sentidos o la imaginación, incluso en sueños) debe haber una parte de verdad, la que sea coherente con las ideas claras y distintas de la razón:

pues la razón no nos dicta que lo que nosotros así vemos o imaginamos sea verdadero. Pero sí nos dicta que todas nuestras ideas o nociones deben tener algún fundamento de verdad.

Y eso porque Dios, que es perfecto y veraz, no puede querer que nos equivoquemos. Él debe haber puesto en nosotros las ideas claras y distintas, para que las descubramos mediante el esfuerzo de la razón. Pero, lógicamente (como somos imperfectos) no todos los pensamientos son verdaderos, y los pensamientos de los sueños son habitualmente incoherentes con las ideas claras y distintas. Por eso lo que los pensamientos tienen de verdad debe encontrarse más bien en los que

⁹ El error procede de nosotros, que somos imperfectos, no de Dios. Nos equivocamos cuando queremos saber lo que no entendemos, es decir, cuando nuestra voluntad excede nuestro entendimiento.

tenemos estando despiertos que en nuestros sueños.